

El hada en la guarida del oso

Bramaba el bosque, rugía el viento, los pinos centenarios lloraban y gemían... La vieja bruja Tormenta de Nieve giraba en una danza salvaje. El Abuelo Escarcha la miraba, aplaudía y exclamaba con aire satisfecho, frotándose las manos:

—¡Bravo! ¡Ay, abuelita Tormenta de Nieve, bravo! Y el bosque bramaba, y los viejos pinos lloraban y gemían. Todo alrededor estaba oscuro, inhóspito. Las bestias se habían escondido en sus guaridas para esperar allí la tormenta feroz. Ellas estaban alegres, calientes y cómodas. Todas tenían familias, tenían hijos buenos y cariñosos, tenían seres queridos.

El Osito Gris no tenía a nadie. Completamente solo en este mundo blanco estaba el Osito Gris y peludo. Y vivía, como un eremita, enteramente solo en lo más espeso del bosque, y nadie nunca se asomaba a visitarlo.

Era grandísimo y fuertísimo, tan grande y tan fuerte que todos sus compañeros osos parecían débiles criaturas en comparación con él.

Y todas las bestias le temían: tanto liebres como zorras, lobos y osos. Sí, incluso los osos le temían cuando él caminaba por el bosque, todo despeinado, enorme y terrible, con ojos brillantes; y apenas salía de su guarida con su torpe y pesado paso, todos huían, apartándose de su camino.

Y sin embargo, no había hecho mal a nadie y era temible solo porque se había vuelto salvaje en la soledad.

Y llevaba mucho tiempo siendo solitario. Hacía muchísimo tiempo que había llegado a este bosque desde una espesura negra y remota y se había establecido aquí, en un bosque ajeno, en una nueva guarida que él mismo excavó apresuradamente.

Los hombres le arrebataron a su esposa osa y a sus oseznos hijos, los mataron, y a él mismo lo hirieron con una bala. Esta bala quedó firmemente alojada en su gruesa piel de oso y le recordaba que los hombres eran sus enemigos, que lo habían hecho desgraciado para toda la vida. Y el Osito Gris odiaba a los hombres tanto como es posible odiar a los enemigos más feroces. Y también odiaba a las bestias: se alejó de ellas adentrándose más en el bosque y no quiso hacer amistad con ellas. ¡Cómo no! Pues ellas eran felices a su manera, y a él, solitario, ofendido y embrutecido, le dolía contemplar la felicidad ajena.

En aquellos días en que la tormenta de nieve giraba y el viento cantaba, él se sentía mejor, y su alma se volvía más ligera y alegre. Se metía en su guarida, lamía su pata y pensaba en cuán crueles y malvados eran los hombres y cuánto los odiaba —él, el oso grande, gris y peludo.

Bramaba el bosque, giraba la ventisca y los viejos pinos crujían.

El Osito yacía sobre su lecho de musgo y hojas y esperaba la llegada de la noche. Deseaba dormirse bien para olvidar la rabia, el odio y la melancolía.

Y de repente, en la penumbra de su guarida, algo brilló inesperadamente con intensidad. Un pequeño bulto rosado dio una voltereta en el aire y cayó justo a los pies del oso.

El Osito se inclinó, tomó el bulto rosado en su pata y lo acercó a sus propios ojos, tratando de examinar aquel objeto desconocido.

Miraba el Osito, miraba —y sus cejas se fruncieron, sus ojos centellearon.

—¡Acaso sea un ser humano! —dijo enfadado—. Aunque tiny, pequeño, aun así es un ser humano, un hombre. Sí, sí, nada menos que un hombre.

En efecto, aquello que yacía sin aliento sobre su ancha y peluda pata se parecía mucho a un humano; solo que medía lo que un dedo meñique, no más, y tenía tras la espalda unas alas radiantes.

Parecía muerto, ese pequeño ser humano con alas luminosas tras la espalda, con un carita preciosa, aunque azulada por el frío.

Pero el oso miraba con maldad al pequeño ser, sin notar cuán hermoso era. Deseaba destruirlo, porque el pequeño ser se parecía a su enemigo —el hombre.

El Osito ya había levantado la otra pata para matar con ella al pequeñín, cuando de pronto, calentado por el cálido aliento del oso, el pequeño ser cobró vida, se estremeció, abrió los ojitos y comenzó a mover sus alas radiantes... Y todo el interior de la guarida se iluminó de inmediato con una luz brillante, y extraños sonidos, como los de una campanilla de plata, sonidos tales que el sombrío Osito jamás había oído en su vida, llenaron todos los rincones y recovecos de su morada. Y al Osito le pareció que en su guarida se había hecho luminoso como en el primer día de un mayo claro, y que en ella perfumaba a flores, a flores primaverales y fragantes del viejo bosque...

Y el extraño ser con alas brillantes, abriendo sus ojitos, prorrumpió en una risa sonora.

—Oh, qué oso tan gracioso y extraño —tintineaba—, ¡qué oso tan grande y salvaje! ¿Acaso piensas matarme? ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué tonto, qué tonto Osito! Ha levantado su pata peluda, revuelve sus ojos feroces y cree que con eso ha asustado a una pequeña hada.

—¿Acaso eres un hada y no un humano? —se sorprendió el oso.

—¡Claro que soy un hada, tonto! Los humanos son grandes y torpes, mientras que yo soy pequeña y delicada como una flor. Mírame bien. ¿Acaso hay humanos tan graciosos, tan ágiles como yo? Y además, ¡yo no temo a la muerte como los humanos! Si tú me matas, me convertiré en aquella flor de la cual surgí, y una nueva vida me sonreirá. Las mariposas revolotearán a mi alrededor, las abejas entonarán sus melodiosas canciones, y el rayo plateado de la luna me contará cuentos tan maravillosos que tú, oso grande, gris y torpe, seguramente nunca has oído. Y cuando llegue el otoño y las flores se marchiten, volveré a convertirme en un hada, radiante y hermosa como ahora, y volaré hacia los países del sur para pasar el invierno.

—Pero entonces, ¿cómo es que en este frío tan intenso te quedaste aquí y apareciste casi muerta en mi guarida? —se interesó el oso.

El hada rió aún más alegremente.

—¡Oh, oh, eso fue un pequeño capricho mío! —exclamó ella contenta—. ¡Quise ver el invierno, la ventisca, la tormenta de nieve, quise escuchar la canción del viento para luego presumir ante mis amigas de todo lo visto! Y me escondí en el hueco de un viejo pino, pensando admirar desde allí todo aquello. Pero hizo frío, tanto frío, que me congelé. Estoy acostumbrada al calor y a la luz, a las alegrías de la vida y al aroma de las flores. Y además, el viejo pájaro carpintero, dueño del hueco, me echó de su morada. El tonto pájaro carpintero no entiende en absoluto cómo tratar con cortesía a hadas tan lindas como yo. El viento me arrebató, la ventisca me hizo dar vueltas la cabeza y... y no sé cómo terminé en tu guarida, sobre tu pata peluda, oso gris.

—¿Y no temes que te coma? —volvió a preguntar el Osito.

—No, no lo temo... Soy el hada más linda que puede encontrarse en vuestro bosque, y te dará pena comerme —volvió a reír y tintinear el extraño ser—. Y además, te contaré cuentos, y te sentirás más alegre conmigo que estando solo. ¡Oh, aún no sabes qué cuentos sabe contar el hada Liana!

—¿Te llamas Liana? —preguntó el oso.

—¡Sí, me llamo Liana! Mayo Rosado, mi padrino, me dio este bonito nombre. ¿Qué pasa, todavía quieres echarme de tu guarida? ¿O quieres comerme, tonto oso gris?

El oso frunció el ceño y chupó con fuerza su pata. Le daba pena despedirse de aquella risa sonora y tierna como una campanilla de plata, de la luz brillante en su guarida y del aroma de flores primaverales que la había llenado con la aparición del hada.

Pero ella, esta pequeña hada, se parecía tanto a un humano, y él, el Osito, odiaba a los humanos y había prometido vengarse de ellos por haberlo dejado solo. ¿Acaso no debería vengarse también de la pequeña hada?

Mientras el Osito pensaba en qué hacer, el hada, sin esperar, comenzó suavemente, en voz baja, a contarle un cuento, un cuento tal que probablemente ni siquiera conocía el poderoso dueño del bosque de barba verde, el espíritu del bosque.

Y cuando Liana terminó su cuento, la expresión severa y sombría desapareció del hocico del oso, los pliegues de su frente se alisaron y sus ojos brillaron con una luz amable y suave.

—¡Puedes quedarte en mi guarida! —permitió él magnánimamente a Liana—. ¡Aquí tendrás calor, estarás bien y cómoda!

Y Liana se quedó.

«Tuve una esposa osa y tres oseznos, cariñosos y juguetones. Los malvados hombres me los arrebataron, y yo quedé como un oso solitario y sombrío. Las bestias me temen. Pero Liana no me teme. Ella confía en mí. Se sienta sobre mi frente y me tira de las orejas, toca mis dientes afilados y enormes con sus deditos delicados, sopla en mis ojos, y cuando yo frunzo el gesto por ello, ella prorrumpe en risa sonora ante mis muecas involuntarias. Ella no me teme, no me evita, se ha acostumbrado a mí y no desea hacerme mal. Los malvados hombres me arrebataron a mi esposa osa y a tres gloriosos oseznos, pero el destino, en compensación, me regaló a Liana. Cuidaré de Liana por su bondad y su cariño hacia mí», —así razonaba el oso mientras caminaba por el bosque, y las bestias con con desconcierto lo miraban alejarse.

—Es sorprendente qué le ha ocurrido a nuestro oso huraño. ¡Se ve mucho más amable y bueno! —decía la comadre zorra al joven lobo del bosque.

Éste entrecerró los ojos siguiendo al oso con la mirada y, moviendo la cola, murmuró entre dientes:

—No se asombren. Si en su madriguera hubiera tanta luz, tanto confort y tanta belleza como en la cueva de él, ustedes también cambiarían como él.

El hada Liana había transformado por completo la severa y poco acogedora cueva del osito Miska.

Junto con la brillante luz de sus alitas, junto con el aroma de las flores y el murmullo de los cuentos, llevó alegría, vida, calidez y felicidad al rincón del pobre oso solitario.

Y Miska, por ello, pagaba con devoción incondicional y fiel servicio a la pequeña hada.

Se esforzaba de todas las maneras posibles por complacer sus menores caprichos, adivinar cada uno de sus deseos.

Y la hada Liana tenía no pocos deseos y caprichos.

Una vez quiso tener aquella flor de rosa que había visto alguna vez en la ventana de una aldeíta vecina al bosque.

Miska partió hacia la aldea y robó la flor, arriesgando su propia piel. Pero resultó que la planta era tan solo un mísero tallito con hojas, y la flor misma ya no estaba en él. La rosa hacía tiempo que se había marchitado.

Liana pataleó de disgusto y solo se calmó cuando Miska, en lugar de la rosa, le construyó un tiny carruaje hecho de agujas de pino, unció a él una ardilla que había atrapado en el bosque, y Liana pudo pasear en su nuevo vehículo por toda la cueva.

Pero lo más interesante de todo fue que el hada Liana enseñó a bailar al sombrío y gris Miska.

Cuando se aburría de contar cuentos o de dar vueltas por la cueva con su ardilla, hacía cantar a los grillos en un rincón de su morada y ordenaba a Miska que bailara una de esas torpes y divertidas danzas que solo los osos saben ejecutar.

Y Miska bailaba, tan solo para complacer a su pequeña huésped. Y cuando se cansaba y el sudor corría a chorros por su pesada piel, Liana revoloteaba hasta su cabeza y agitaba sobre él sus ligeras alitas, y al oso entonces le refrescaba y se sentía ligero. Así, alegre y bien, transcurría el tiempo en la cueva del oso. El oso gris hacía tiempo que había olvidado su pena. Había llegado a querer profundamente a Liana y, sin dudarlo, habría dado la vida por ella.

Llegó la primavera. La nieve en el bosque se derritió. Corrieron rápidos arroyuelos por las hondonadas. El blanco galanto asomó solitario desde la hierba verde.

Miska vio el galanto, lo arrancó y se lo llevó a Liana. La alegre hada, al ver la primera flor primaveral, palideció de golpe y se volvió ella misma más blanca que el galanto traído. En los ojitos de Liana se reflejó una tristeza sin salida. Plegó sus alitas y toda ella se abatieron y oscurecieron.

—¿Qué te ocurre, Liana? —se inclinó hacia ella el oso, asustado.

—Ah, nada, nada... —pronunció con una voz que hizo que el corazón del oso se congelara dolorosamente.

Pero no se atrevió a preguntar sobre su pena, porque temía alterar aún más a la pequeña hada.

Pasó otro mes, y el claro del bosque se llenó de flores multicolores. El hermoso Mayo asomó desde su elegante cuna y felicitó a la naturaleza por la fiesta. Le respondió la alondra con un trino melodioso y sonoro. Este trino llegó a los oídos de Liana. Ella tembló y se agitó ante los tiernos sonidos del canto del pájaro. Sus ojos se abrieron de par en par, y en ellos aparecieron lágrimas.

El oso vio esas lágrimas y dijo con sentimiento:

—La gente, he oído, llora mucho y fuerte, pero las hadas, nunca. Solo una gran pena puede hacer brotar lágrimas en los alegres ojitos de un hada. Tú, probablemente, tienes alguna pena. ¡Quieres libertad, Liana, junto a otras haditas alegres como tú!

Pero el hada lloró aún más fuerte al escuchar estas palabras.

—¡No, no, no me iré de tu lado! A Liana le da pena dejarte otra vez solo —decía—. Te echarás de menos sin mí, porque he logrado con mis cuentos, mi charla alegre y mis risas hacerte olvidar tu pena. No, no me iré de tu lado, no quiero ser ingrata: tú me diste refugio en tu morada cuando no tenía adónde ir, me salvaste del frío y de la muerte... ¡No, no, no te dejaré! ¡Quédate tranquilo, amigo mío! El corazón de Miska latió alegre y cálido. Comprendió que no todo en el mundo es injusto y cruel. Y amó aún más fuerte a su amiga, la pequeña hada, por sus palabras.

Todo siguió como antes, solo que Liana ya no asomaba más desde la cueva del oso y tapaba constantemente sus pequeñas orejas para no oír los trinos de la alondra que cantaba desaforadamente en el bosque.

Y de repente, un día, mientras el oso dormitaba sobre su fresca cama de musgo y Liana, sentada junto a su oreja, le susurraba sus hermosos cuentos, voló dentro de

la cueva una bonita mariposa azul. Sobre la espalda de la mariposa iba sentada una maravillosa hadita, idéntica a Liana como dos gotas de agua.

—¡Saludos a ti! ¡Saludos a ti! —balbuceó, lanzándose a los brazos de Liana—. ¡Por fin te he encontrado, hermana! Te he buscado por todo el bosque para darte una agradable noticia. Mañana, en la primera luna nueva, nosotras, las hadas del bosque, celebramos la elección de nuestra reina. Cada una de nosotras contará lo interesante que haya visto durante este invierno. Y aquella cuyo relato sea el mejor de todos, se convertirá en nuestra soberana. He venido volando hasta aquí para informarte, porque un ratón del bosque me dijo que podías encontrarte en la cueva del oso. Mira, no olvides venir mañana a nuestra festividad.

Y, tras resonar todo esto con su vocecita de campanilla, el hada visitante volvió a marcharse sobre la espalda de su conductor, la mariposa.

Miska miró a Liana. Ella yacía, toda encogida, en el rincón más lejano de la cueva. Sus ojos, abiertos de par en par, expresaban una angustia tan sin salida, que el oso no pudo soportarlo y dijo con voz sorda y abatida:

—¡Vete, Liana! ¡Vuelve a tu reino de mayo, de verdor, canciones y flores! Aparecerás entre las alegres haditas, les contarás sobre la amistad y la devoción del severo oso solitario, y ellas te elegirán como su reina, porque tu cuento será el más interesante de todos. ¡Adiós, Liana, vuela a tu reino! Las hadas deben ser libres, deben vivir y alegrarse entre las flores, y no es su lugar en la oscura y sofocante cueva de una bestia. Y con estas palabras, inclinó solitariamente su cabeza peluda.

Liana se estremeció. Le daba infinita pena dejar al bueno y noble Miska, al que había logrado acostumbrar a sí misma y al que había hecho olvidar su soledad; pero al mismo tiempo, una fuerza irresistible la atraía hacia el reino de las pequeñas hadas, del verdor, de las flores, hacia el reino de la alegría y la felicidad, del cual había venido. No vaciló por mucho tiempo la pequeña hada rosada. Lanzó una última mirada al oso, le hizo un gesto con su bonita cabecita y, desplegando sus brillantes alitas, le susurró tiernamente al oído su saludo de despedida. Y luego, con dolor en el corazón, pero con la conciencia de la libertad recuperada, voló, como un pájaro veloz, fuera de la cueva del oso.

Llegó corriendo con la velocidad de un relámpago hasta el prado floral plateado por el resplandor lunar, justo en el momento en que, al compás del canto del ruiñeñor, una de las hadas, sentada en el trono de la futura reina, terminaba su cuento.

Alrededor del trono de la reina, sobre los cálices de las violetas nocturnas, estaban sentadas diminutas hadas y aplaudían a la narradora.

—¡Su cuento es mejor que todos los demás! —tintineaban con sus vocecitas de campanilla—. ¡Y la preciosa narradora debe ser nuestra reina.

Pero entonces apareció Liana y, posándose sobre una flor de alhelí silvestre, les contó la verdad verdadera sobre cómo un oso malo, terrible, sombrío y salvaje se volvió bueno y manso desde que una tiny hada apareció en su cueva, y cómo él amó al hada, cómo cuidó de ella y cuánto no quería separarse de ella. Y al final, contó también cómo a la propia hada le dolía dejar al solitario Miska con el corazón destrozado...

Este cuento fue tan bueno, que incluso el ruiseñor enmudeció, escuchando el hermoso relato.

Y los pequeños elfos lloraban, escuchando el cuento de Liana, lloraban escuchando el cuento del corazón destrozado del oso.

Y cuando ella terminó, las flores y las hadas, los ruiseñores y las mariposas nocturnas la aplaudieron.

Y todos, a una voz, la eligieron reina. Las luciérnagas se encendieron en la hierba e iluminaron el cuadro de la festividad nocturna de mayo. Sentaron a Liana en el trono, y el numeroso séquito de aéreas pequeñas hadas se esforzaba por anticipar cada deseo de la nueva reina.

Pero la reina miraba con tristeza a todos con sus hermosos ojitos.

Se le representaba la lejana, oscura cueva, la modesta cama de viejas hojas y musgo, y el solitario, pobre y triste oso, pensando con

con la añoranza de ella —la reina...